



Luis Martín-Santos
Tiempo de destrucción



LUIS MARTÍN-SANTOS

Tiempo de destrucción

Edición y epílogo
de Mauricio Jalón

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Mauricio Jalón

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S. L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2022

© Herederos de Luis Martín-Santos, 2022
© de la edición y el epílogo: Mauricio Jalón, 2022
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2022

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrific
Depósito legal: B 94-2022
ISBN: 978-84-18807-75-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Lo que quiero contar	II
--------------------------------	----

I

APRENDIZAJES

1. Elemento frío	27
2. Las perlas	33
3. Materia blanda	41
4. Agustín, el héroe	45
5. Amenaza y castigo	51
6. No sales a tu madre.	55
7. ¿Paternidad espiritual?	59
8. La ciudad de piedras doradas	65
9. Los <i>Diálogos</i>	69
10. El sabio Demetrios	73
11. Es verdad que fue verdad	79
12. Experimentar: la prima Águeda y la muerte	87
13. Fantasmas en la Meseta	97
14. El pecado, las camareras	103
15. Unas fotos.	109
16. Competiciones y reglas	115
17. Demetrios, en la ciudad mediterránea	123
18. El <i>orfeó</i> local.	135

II ENMASCARADOS

1. La prueba	149
2. El juego de las complicidades	161
3. Cristalización de Agustín	171
4. El juez llega a Tolosa	181
5. Intruso en el carnaval	185
6. Encubrimientos y rumores	197
7. Plano antiguo de nuestra ciudad	203
8. Un exceso de verdades	211
9. Voces que se solapan	215
10. La criada	221
11. Lo innombrable	231
12. «Venga solo»	241
13. Calle de las Minas, n.º 24	249

III EXPLORACIÓN

1. Agustín conoce a Constanza	257
2. Deslumbramiento	261
3. La elegida	265
4. Pretendientes	271
5. Nuevas amistades	279

IV
COMBUSTIONES

1. Peroratas para un aquelarre	287
2. Águeda canta	305
3. Pétalos ensangrentados	313
4. De la destrucción.	317
 Epílogo <i>de Mauricio Jalón</i>	 335

Lo que quiero contar

Desaforado y loco me parece el intento de dar cuenta de todo lo que importa en la historia de Agustín. No sé si puedo ser capaz de hacerlo correctamente ni si mi visión del personaje, un tanto nublada por el afecto, podrá ser de interés para el lector. ¿Quién soy yo en efecto para atreverme a dar forma casi definitiva –tal es el privilegio de la literatura– a una vida que, aunque quise comprender, siempre se me escapó en su sentido más hondo? ¿No es fundamentalmente excesivo el intento de captar en palabras a otro hombre, de decir algo de él, su secreto quizá, su proyecto de vida, los fallos de una realización nunca totalmente madurada, la inquietud más íntima que pudo anidar en el hueco oscuro de un corazón donde la propia mirada no llegaba a ver?

Tengo para mí que es difícil lo que me propongo, que la labor será ardua, que pasaré muchas noches de este invierno y del próximo invierno y quizá también del desotro sin haber concluido lo que ahora empiezo, con cierta emoción que me hace decir cosas algo solemnes, quizá pedantes, desorbitadas, como si ya ahora, antes de haber empezado a hacer lo que quiero hacer, quisiera exponer a los lectores una teoría de la biografía, un estudio del modo como tal tarea debe iniciarse y completarse, un recitado de las dificultades, de los obstáculos, de los límites, de las servidumbres de este arte que, por otra parte, por primera vez pretendo practicar.

Tal vez, en esta tendencia mía a hacerme consciente de tantas dificultades cuantas se oculten en la tarea, vaya implícita una ley de mi naturaleza. Yo me coloco ante el papel y pienso «Es impo-

sible», «Es difícil», pero no por eso renuncio. Sigo trabajando. Tengo la convicción obstinada de que lo haré porque realmente, de verdad, deseo hacerlo y porque, a pesar de todo, sé qué es lo que quiero contar.

Me agrada imaginar lo difícil que va a ser.

La vida de un hombre no es una figura precisa. En esto se diferencia de la obra de arte. La obra de arte tiene una figura delimitada que se destaca sobre el fondo indiferente. El marco aísla el cuadro de la pared blanca; la puerta marca el límite que una vez atravesado nos hace pensar en el interior del edificio; la escultura muestra una superficie limitante respecto del aire, que podemos recorrer con la mano, palpar, percutir, romper; la sinfonía musical tiene unas fronteras precisas en el tiempo, a partir de las cuales empezó y acabó. Por el contrario, la vida de un hombre es imprecisa. No dibuja una figura sino que presenta un bulto a nuestras consideraciones. Este bulto es opaco. Está cargado de unas masas de las que la mayor parte es desconocida. De un hombre podemos conocer las fechas extremas, el momento en que se inició su vida y el día de su último suspiro. Pero nos engañaríamos si creyéramos que estos límites temporales pueden ser comparables a los del tiempo que ocupa la obra musical. Los límites temporales del hombre no tienen sino una vaga significación de orientación histórica, según la que podemos colegir en qué época se agitó, qué ideas influyeron sobre él, a qué sistema político estuvo sometido, en qué generación formó como colaborador de la obra común o quizá como adversario. Pero la simple orientación que nos dan estas fechas no nos dice nada de lo individual. Lo individual exige otros métodos, y la posible figura que lleguemos a extraer de esa individualidad, una vez que la creamos comprendida, siempre será una cierta parcialidad incompletable. Los límites del hombre tampoco pueden establecerse, gracias a una multiplicidad de datos, de peripecias, de aventuras: «Casó en 1924 con doña Pilar de Montalván», «Fue nombrado catedrático en 1936 de la cátedra de Filología Comparada», «Tuvo amores en 1943 con la actriz de revista Encarnita Perezínigo, de cuyos

amores nació una preciosa niña en el día 13 de marzo de 1945». A datos de este tipo tenemos que recurrir. Pero no podemos deducir de la indefinida colección que hemos llegado a penetrar más hondo en la tarea. Esta tarea —en rigor imposible— no se completa con datos. El límite del hombre sigue estando más allá. Lo que queremos ver es una figura interior, la forma de un movimiento espiritual, lo que quizá nos daría el hombre, si hubiera sido artista plástico, en cada uno de sus fragmentos, de sus esbozos o de sus obras importantes. Pero cuando el arte único que este hombre practicó, al menos de un modo continuo y esencial, fue la propia vida, resulta preciso haber gozado de su convivencia íntima para poder saber. El que pretende lo que yo voy a pretender tiene que ser alguien en cuya proximidad los inefables garabatos de la vida hayan sido dibujados, de modo que hayan llegado a sorprender al comprendedor. ¿Sorprender? Sí; sorprender. Mientras que el hombre que está al lado no nos sorprende, no hace sino realizar actos o figuras de acción o emitir palabras banales, habituales, esperadas, no nos ha dado todavía lo que tiene dentro y que es lo que queremos transmitir. Solo en la sorpresa de lo inesperado se manifiesta la originalidad del hombre, lo que tiene de profundo y de digno de ser comprendido. Si Agustín nunca me hubiera sorprendido no hubiera yo pensado en transmitir su historia. Si Agustín hubiera procedido como cualquiera otro de mis compañeros de estudio, ¿por qué había yo de decidir comprender primero y explicar más tarde el caso de Agustín?

No, simplemente le hubiera acompañado a vivir, me hubiera caído simpático o antipático, me habría parecido que hacía mal en amar a aquella mujer, pero a nadie se lo habría dicho. Nunca hubiera considerado necesario embarcarme en esta sucesión de inviernos difíciles que me preparo, para que algo que Agustín tuvo no se pierda y para que, si es posible, la misma sorpresa que fue dándome a mí en las esenciales ocasiones, siga siendo transmitida y de ella participen los anónimos sujetos lectores que, ya en ese momento, están comenzando a pensar, con toda razón,

que mi exordio es enfadoso y que cuánto mejor sería que yo empezara a contar, como han hecho todos los narradores realmente dotados para el oficio, Conrad, Stevenson, Beyle, y que no intentara ocultar mi impotencia narrativa con divagaciones seudo filosóficas de escasa calidad.

Pero ellos tendrán que perdonarme que siga obedeciendo a mi demonio. Debo aún precisar más para quedar tranquilo, para creer que me he hecho comprender –y quizá para comprenderme yo mismo, aunque esto no es tan evidente– en qué consiste eso que llamo «sorpresa» que determinados seres son capaces de producir, mediante sus piruetas vitales en quienes, como yo, atentamente los contemplan con un sentimiento confuso, mezcla de admiración y de amor quizá. ¿No son notables las infinitas variantes que el amor puede adoptar entre los mortales? Este *amor hominis intellectualis* es una especie de amor que lleva a considerar lo que panteísticamente de dios pueda haber en el órgano de la divinidad que es cada hombre de genio vital al elaborar esas sorpresas totales, que son lo único que merece la pena de ser contado. Lo importante es eso, precisamente, que sean *sorpresas totales*. La totalidad de la sorpresa consiste en que sorprende, en primer lugar, a los que le rodean indiferentemente y que apenas hacen caso de ella y ríen como si se tratara simplemente de un humorismo un poco más extraño. Sorprende también a quien, como yo, sea privilegiado observador atento, en amorosidad respetuosa. La atención de quien lo contempla con amor ya dispone a favor de que el choque de la sorpresa se haga más patente en la oscuridad. El *amor hominis intellectualis* consiste en creer que esta sorpresa tiene un sentido aunque no pueda saberse cuál es. Pero ya volveremos sobre ese sentido. Ahora quiero decir también que la totalidad de la sorpresa consiste, entre otras cosas, en que el propio agente de la pirueta vital, el propio centro activo del inesperado torbellino espiritual sea también un sorprendido. Agustín se sorprendía cuando yo me sorprendía de lo que había hecho, de lo que había dicho, de lo que había decidido. Yo adivinaba su sorpresa en una cierta paralización de la aguda mirada,

bajo la frente un poco estrecha, bajo el mechón de pelo negro caído a un lado, a ambos lados de la gran nariz ligeramente corva, noble. Los ojos quedaban paralizados y brillaban más. Se producía en él un gesto de obstinación: «Es esto. ¡Pues sí, venga!», parecía decir, hecho un volcánico apasionado del *amor fati*. Pero no; él había sido sorprendido. Y en su sorpresa, podríamos decir: «¿Es que odio a este hombre? ¡Pues sí, lo odio!». De este modo se producía la fijación brusca de la mirada en los momentos decisivos, cuando la sorpresa lo echaba todo a rodar o lo echaba todo a reír.

¿En qué consistía la raíz de la sorpresa para él? Consistía –no es ninguna novedad– simplemente en que en él lo más importante no del todo era consciente. ¡Bobadas! ¡Trivialidades! ¡Freudismo! ¡Psicoanálisis barato! Estamos hartos de saber que el hombre no se conoce plenamente, que efectivamente la zona lúcida de la vida psíquica no es sino una porciúncula mientras que la mayor parte permanece en una oscuridad más o menos impenetrable. Podemos recurrir a la comparación del iceberg, que no saca sino 1/8 de su volumen fuera de las aguas del mar, o bien hablar del corcho que flota, o bien referirnos a los fenómenos de mala fe, ocultamiento fingido, ignorancia invencible, motivación inconsciente, órdenes posthipnóticas, frenesíes dionisiacos, efectos de las drogas, omnipotencia de los complejos de la infancia. Pero todo esto queda desplazado, y sé perfectamente que no es a ello a lo que me refiero. Obra del hombre y matriz esencial de su perfección es el autoconocimiento. Necesidad absoluta hay de que el hombre eleve el nivel de su conciencia. Nunca el hombre superior deja de conocer la violencia y la dirección de su instinto. El hombre debe saber que lo que hace es malo o que lo que busca es la voluptuosidad. Pero hay otro estrato más profundo del que emana la sorpresa. No podemos decir que sea sorpresa verse obrar uno de modo egoísta o de modo concupiscente. Aunque yo creyera que me guiaba un noble ideal en determinada dirección y comprobara luego que lo que buscaba con aquellas agitaciones era una satisfacción de mi amor propio o de mi nivel

económico, no por ello debería declararme sorprendido. Trivialidades tales como desear a una mujer porque recuerda el tipo físico de la madre o respetar el consejo de un hombre venerable porque se identifica parcialmente con el recuerdo del padre no deben ser traídas aquí. Queremos referirnos a una sorpresa más honda, que obliga al hombre a identificarse con ella, aún no pudiendo reducirla, a ningún esquema anterior. El descubrimiento de la verdad de uno mismo mediante la sorpresa es el descubrimiento de la realización de un destino que no había sido previsto ni buscado. Así, lo que de inconsciente se descubre en tales movimientos no es otra cosa que el mismo momento de «ser escogido» y la ciega determinación, oscura como una fuerza gravitatoria, con que el hombre se identifica con su nuevo gesto apenas aparecido, no hace sino determinarnos como animales metafísicos, simples de toda complicación, definidos casi como fórmula algébrica, pero incapaces de formular en palabras ni aún en ideas esa ciega necesidad. Capaces solo de realizarla en los momentos en que se no da como evidente la precisión del gesto, la dignidad de la elección.

Que Agustín sentía ese peso dentro de él y que ese peso es el que le inmovilizaba cuando acababa de descubrirse a sí mismo no me cabe duda. Si he decidido narrarlo es precisamente porque en él era más evidente que en ningún otro que yo haya conocido. No porque yo crea que solo él tenía destino entre los que conocí, sino porque verdaderamente en él la realización del destino se había hecho casi labor preferente. Se podría decir que tenía una conciencia intermitente del destino. Y que en esos instantes de la intermitencia, aunque hubiera bebido con exceso, aunque estuviera embriagado de palabras, aunque estuviera a punto de abrazar a una mujer o de ver morir alguna cosa viva, se detenía y oía el golpe-tazo de sus campanas. Que si la homosexualidad, que si la ambivalencia, que si el temor a la virginidad, que si el mito de la *mantis religiosa* forman piezas dinámicas intercambiables del ajedrez vivo del destino de un hombre puede ser afirmado sin peligro de que yo me levante para contradecir. Pero si he tomado la pluma es para ir

más allá de esas determinaciones accidentales, mecánicas y maniformes.

Pero todavía no queda aclarado con precisión mi intento. Que yo hubiera descubierto señales de una figura más clara en Agustín que en otros hombres, que él tuviera un instinto gravitatorio más preciso de su destino, que él tuviera el valor de decir «sí» a los aparentes disparates, no llega todavía a justificar que yo esté dispuesto a embarcar mis inviernos en esta labor de admirativo fámulo, de viuda amante inconsolable que ordena en una vitrina las condecoraciones del marido, que yo esté dispuesto a emprender la tarea imposible cuyas razones me esfuerzo en comunicar por poco interesantes que puedan parecer. En efecto, ¿qué se le da al lector del destino de un hombre individual? ¿Qué se me da a mí a despecho de mi enfermizo afecto agustiniano? ¿No son acaso las peripecias íntimas de esa ley gravitatoria de Agustín, en el fondo, solamente anécdotas? No. Yo he llegado a pensar que más que anécdotas eran parábolas. Surgen, a veces, hombres parabólicos y la humanidad se nutre de tales paraboloides y bucea en su simbolismo durante siglos a veces; otras veces durante menos tiempo. Sienten los hombres la necesidad de escudriñarlos y logran un cierto alimento o una cierta forma de tales parábolas. Si la mayor parte de los hombres son bolas blandas de carne que se arrastran, como un pulpo o un celentéreo desdentado, parece que hay algunos que son insectos del destino, que se presentan en la revista de historia con su espléndido caparazón quitinoso armado de todos sus artejos, antenas, mandíbulas, patas supernumerarias y dibujos de alta precisión en el espaldar, ejecutados con un barniz azul fluorescente y atemorizador. Cuando tales insectos aparecen y transcurren, dejan tras de muertos su caparazón hermosísimo y exacto en hueco, abandonado a todas las miradas. Los amorfos pretenden entonces introducirse en ellos y descubrir si aquellas formas precisas se corresponden con alguna ley de sus anatomías inertes. Claro está que no es así. La quitina sigue siendo incómoda para quien no tiene forma. Pero, a pesar de todo, algo ganan con esa horma y es así como

una cierta verdad simbólica puede salir del estudio de un destino individual.

Se han descubierto nuevos valores –palabrita desprestigiada que aquí utilizo solamente por comodidad– y de esos valores se logra extraer una verdad que sirve «algo» para otros. ¿De qué sirve? ¿De ejemplo? ¿De maestro? ¿Es verdad que hay maestros? ¿No me dice mi formación dialéctica que por el contrario son las masas las protagonistas de la historia? Confusión. Nada acierto a decir. Tal vez esté totalmente confundido. Pero parece que hay maestros. Suelen tener largas y pobladas barbas. Parece que aunque las masas sean el vehículo agente de la historia, ellas mismas –en cierto modo– abrevan de las grandes barbas floridas. Allí se introducen y realizan la operación de toma de conciencia sin la que no hubieran nunca llegado a esa motórica que honradamente reivindican. ¿Es que era Agustín un maestro? ¡Palabras confusas! ¡Ya al empezar mi tarea siento la ineptitud del idioma para transmitir lo importante! No estoy cierto de poder decir lo que tengo que decir. Tendré que demoler el idioma. Me parece que, en ocasiones, a pesar de mi natural clásico, de mi vocación de orden, tendré que darle cada tiento a la bota del lenguaje que la deje flaca y cariacontecida. Pero ¿podré hacerlo? Aún no he dicho por qué quiero hacer lo que voy a hacer. Solo he insinuado la naturaleza simbólica de mi personaje. Aún no he podido precisar que este personaje es importante no solo por él, sino también por nosotros y ya quiero analizar los medios con que cuento para elaborar su historia. Soy prolijo y repetidor. Tengo que pedir desde ahora absolución. Una absolución que solo podría llegarme desde alguna incierta Roma literaria y para la que no puedo ofrecer mi arrepentimiento.

¡Dilo ya! ¿Cuál es el símbolo que ves en tu personaje, en ese amigo tuyo que fue capaz de elegir su destino con más conciencia? ¿Por qué puede ser interesante para el ibérico lector la terrible y aburrida tarea de aguantar mi idioma en su estado actual y a través de las progresivas fases de desintegración que habrán de producirse hasta conseguir realizar la tarea que comienzo yo mismo por encontrar imposible?

No puedo explicarlo. Un símbolo nunca es explicable. No hay nada de transparente en el símbolo. El símbolo es oscuridad querida (no querida por el escritor –ay de mí–, sino por la realidad y verdad de su naturaleza) y como tal voluntad de oscuridad, el destino del símbolo es navegar en lo indefinido hasta que llegue su G. W. F. Hegel y lo explicite para satisfacción de dóciles estudiosos.

No diré, pues, de qué fue símbolo. Diré solo que cuando Agustín entreabrió los párpados pitañosos de su edad de hombre y entre dos vasos de vino blanco mezclado con cazalla –que es una mezcla que emborracha bien– se paró a pensar, quedó atónito de lo que veía: «¿Qué ha pasado aquí?».

A una pregunta de este tipo no se puede dar contestación abstracta. Por eso Agustín dejó irse la pregunta disuelta en la niebla alcohólica y no volvió a planteársela con precisión lingüística nunca más. Pero, para la resolución del problema, utilizó un método que su naturaleza desusadamente dotada le suministró todo enterizo. Era el mismo método con que el toro desentraña lo que hay detrás de la tela roja. El método de la realización del destino. Embistiendo a su destino, cada vez que el trapo rojo pasaba ante sus ojos, deteniéndose, mirando fijamente y riendo un tanto para adentro, se decía: «¿Dónde estoy?». «Al otro lado del trapo rojo, donde todo sigue siendo exactamente igual.» Con este método se pueden aclarar todos los problemas. Él se marchó del lado de allá de los hombres, investigando (conteniéndose a sí mismo como único aparato de medida) la esencia simbólica de su auto-realización.

Me resulta imposible para dar cuenta total de su simbolismo mediante esta humilde labor de biógrafo, realizar un relato ordenado. Si los capítulos de mi libro fueran sucediéndose así: «1924, 1925, 1926», nadie podría aguantarlo y yo mismo sentiría que no estaba a la altura de las modernas técnicas literarias de las que justamente se enorgullece el Occidente civilizado. Se me debe perdonar que renuncie a la habitual secuencia cronológica y que vaya picoteando aquí y allá al vuelo de mi imaginación y de mi memoria. Me demoraré más en algunas épocas. De otras apenas podré

decir nada. Seleccionaré así de modo semejante a como lo hace nuestra memoria, lo esencial de cuanto tengo que contar. Nuestra memoria también tiene el privilegio de olvidar todo lo que no es importante. O quizá, de un modo preferente, todo lo que nos avergüenza recordar (según la conocida máxima del gran bigotudo). Esta libertad, que me concedo a mí mismo y que espero no enoje al lector, debe dar más variedad a la narración y hacerla más esencial, más significativa, recortar mejor la imagen de mi personaje.

Claro está que si otro hubiera sido el que relatará la vida de Agustín (otro de sus amigos), esta vida habría resultado distinta. Pero no me preocupa una parcialidad a la que, más que resignarme, me adhiero con entusiasmo.

Quisiera que el ritmo de mi relato pudiera ser musical, a pesar de ser yo totalmente amúsico, cegato para la captación de la belleza sonora. Será al menos como yo –desde mi ignorancia– me imagino que es la obra musical. Una sucesión de temas de los que algunos se repiten y se amplifican a lo largo del tiempo, mientras que otros apenas iniciados caen en un definitivo silencio. Nunca se vuelve a ellos. La memoria no los vuelve a identificar hasta la próxima audición. Estos temas menores que podrían ser solo una curiosidad o una decoración no son, sin embargo, ajenos a la arquitectura de la obra. Suprimidos, la obra perdería su ritmo y hasta su significación. Por el contrario, los temas trascendentales, aquellos que se manifiestan en preguntas prolongadas y en respuestas que analizan con detalle todas sus posibilidades descriptivas, emocionales y rítmicas, quizá pequen de ostentosos y hasta de banales. En aquellas pequeñas frases se encierra el aroma peculiar de una obra y por esas frases nunca repetidas, más que por los sonoros y evidentes motivos que los melómanos más facilones tararean a la salida de la sala, es por las que se reconocen el genio de los compositores y su capacidad para enriquecer el universo musical.

De modo parecido, en una vida humana, relatada al modo como yo imagino, lo esencial puede estar en los pequeños gestos que no vuelven a encontrar correspondencia en el resto del tiem-

po que debe cumplir el protagonista. Los grandes temas inevitables (la sexualidad, el amor, la religión, la profesión, el modo que el hombre tuvo de enredarse con su angustia) pueden no constituir en sí mismos sino vulgaridades excesivamente conocidas. Pero no despreciemos la vulgaridad. Un hombre podrá interesarnos también, y hasta fundamentalmente, por su vulgaridad, por lo que le hizo ser vulgo de sus vulgares convecinos, sufriendo las mismas pasiones colectivas y tropezando con los mismos escollos inevitables de los demás adolescentes avergonzados de su sexo, de los demás pequeños trepadores de los presupuestos del Estado, de los demás jovencitos preocupados con la visión barbuda de Dios.

Deberemos mostrar con claridad nuestro doble punto de interés: el de las grandes banalidades enriquecidas por su significación colectiva y el de las sutiles soluciones individuales a los comunes problemas. Soluciones que nos permitirán conocer lo peculiar de nuestro hombre y lo que a partir de su peculiaridad le ha hecho apto para portaestandarte de las realidades colectivas. Completaremos así un círculo lógico que, aunque de difícil demostración, es el único sendero que nos permite comenzar a caminar. Si no hubiéramos descubierto en Agustín esa capacidad para la peculiaridad, esa significación remotísima que da luz y calor al gesto analizado en sí mismo, sin interés y sin substancia, no nos hubiéramos detenido sobre él con tanto interés. Que este hombre sea capaz de demostrar una enajenación en el mismo momento en que originalmente se libera de ella como otros no hubieran podido y siendo el mismo que ellos es lo que nos importa.

Pero me empieza a asustar este largo exordio del que lo menos que podrá pensar el lector prudente es que coloca al narrador en un disparadero dificultoso, pues lo que está prometiendo deberá ser cumplido y la escasa gracia o importancia de lo que pueda venir luego le llegará a provocar cólera e irritación. Podrá hacer que nadie acabe de leer esta larga obra y que el hastío que emana de este prólogo invada la totalidad de las páginas posteriores. ¿Cómo evitaré ese hastío? Debo introducir ahora mismo, sin preparación ni

motivación lógica suficiente, un trozo de carne viva de Agustín entre los engranajes de mi discurso y exprimirlo hasta que salte la sangre que el vampiro-lector necesita para alimentar el cuerpo astral de su existencia fantasma mientras lee. El vampiro-lector (que no existe) necesita que lo que lee le dé sangre, para sentirse existir en Agustín pálido-exangüe o en Bovary practicando la tenotomía. Esta crueldad insatisfecha del lector, que nace de su incapacidad (*actual*) para existir, necesita de sangre que le haga alucinar su capacidad (*virtual*) para palpar, para amar, para tocar el muslo de la mujer ajena. Veamos, pues: ¡Un poco de carne! El lector necesita, con la mayor urgencia, la confirmación de que no le es inútil el esfuerzo ya desarrollado y el –¡tanto más largo!– que ha de realizar para poder absorber este extenso mamotreto, para poder decir «Yo lo he leído». Porque no solo de su existencia real-actual precisa el lector, sino hasta la vanidad de su subexistencia en la coexistencia con los otros cultos. Esa pasión (más mínima) puede dar al lector la impresión de que existe, aunque solo sea en segundo grado, pues al decir «Yo lo he leído» hace saber a quien le escucha que ya palpité, alimentado por la vida que el libro era capaz de comunicar y que mientras así sufrió-gozó estuvo por cima de los que –solamente virtuales– esperan quizá un día, con la acaso posible lectura de este libro, disimular su falta de vivencia.

Así, pues, pasemos inmediatamente, sin justificación racional alguna (pero elevados a la conciencia de su no-necesidad-racional-sí-necesidad-pasional), la pequeña porción palpitante de Agustín que adelantamos aquí, para tranquilidad del lector y para su disfrute:

«El taxi baja despacio por la Gran Vía hacia la Plaza de España. Hay muy poca luz. Solo las luces de dos o tres autos que suben en dirección contraria. Pasa otro taxi con la llama de su gasógeno asomando por la boca roja –de siete por quince centímetros–, violando provisionalmente la compacta oscuridad. (Acabo de elegir como técnica de narración la objetivista.) Ella llena, muestra un rostro inmóvil encima de su traje de seda negro, muy escotado y sobre la piel de *renard argenté* aplicado en torno al cuello.

No se ve nada. Se puede oler su aroma y llega una emanación de calor animal. El aroma puede ser de un perfume caro pero puede ser de un perfume barato. Llega mezclado con el vaho del cuerpo. Se oye el ruido transitorio y disimulado del bostezo de su gran boca. Tiene todas sus piezas dentarias sanas y podrían haber relucido como perlas si hubiera habido una luz adecuada. Los dos cuerpos están colocados...»